

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8396

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.—El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorate, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 31 Octubre de 1889

DESPIERTA.

Despierta Elisa: el matinal albor
Las densas sombras ahuyentando va,
Y vuella el aura perfumada ya,
Sus alas leves en la fresca doi.
Ven; no hay encanto, para mi mayor
Que el que tu vista á mis sentidos da,
Ven, que en las tazas humeando está
El aromado y sin igual licor,
Café de *El Barco de Valencia* es,
De el que te gusta con pasión á tí
Porque conserva á par nuestra salud.
Por él sin fiebre y con color te ves,
Por él me tienes á tu lado á mí
¿Serás ingrata con *El Barco* tú?

Los exquisitos chocolates, cafés y tés de *El Barco de Valencia* se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia, representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Risueño, 3 Caridad 3. Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce Baena.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

DON JUAN TENORIO.

Es indudable que entre las muchas y muy justamente celebradas obras del insigne y laureado poeta D. José Zorrilla, ninguna como el *D. Juan Tenorio* ha alcanzado ni los aplausos ni la popularidad conseguidos y renovados cada año en que la producción citada, por los días que corre, aparece en todos los teatros donde con mayor ó menor fortuna se rinde culto al hoy poco floreciente arte dramático.

No es nuestro propósito ni á tal llega nuestro intento, juzgar las excelencias ni los defectos de una obra á quien el público juzga supremo en estos asuntos, trata de aplaudir con mayor benevolencia de la que para ella tuvo su popular é inspiradísimo autor. Redúcese nuestro objeto á presentar á los lectores de *El Eco* algunas noticias para que puedan juzgar de la antigüedad que en la dramática nacional y extranjera, cuenta el aplaudido protagonista de la obra que nos ocupa.

Hacia fines del siglo XVI, en una obra de Juan de la Cueva, el *Infamador*, figura con el nombre de Lencino, dibujado el personaje que con sus arrogancias, sus amores, sus pendencias, su valentía temeraria y cuantas cualidades aparecen por extraño modo confundidas en la obra de Zorrilla, habían de excitar por notable modo en nuestros días, la admiración y el entusiasmo del pueblo en favor del aplaudido drama.

Tirso de Molina en *El Burlador de Sevilla* elige también un libertino que pierda mujeres, que es un *amador que no ama*, incrédulo, blasfemador, y á quien la justicia divina, cansada de sus maldades, hace que la estatua de un comendador, á quien aquel dió muerte, acabe por su mano en un banquete con la vida del riñón.

En 1660 la obra de Tirso de Molina, vertida al italiano en verso, fue representada por Villiers en Borgoña; y en 1665 Moliere la dió al teatro, en prosa, y dividida en cinco actos. En esta obra aparece una novicia, D.ª Elvira, sacada del claustro por D. Juan bajo palabra de casamiento, no cumplida.

La figura delicadísima de D.ª Elvira, su

vuelta al claustro para morir monja; sus exhortaciones á D. Juan para que se convierta á Dios, el espectro en forma de mujer en sustitución de la estatua del comendador de Tirso, pone fin á la vida de el burlador y libertino personaje.

«La comida ó banquete de piedra», que tal era el título de la obra de Moliere, no alcanzó el éxito que el gusto y el favor del público tenían reservados para otras creaciones.

El pensamiento de Juan de la Cueva, Tirso de Molina y Moliere, sirvieron á Dosmond en 1669, á Corneille en 1667 y Rosimond en 1690 para ofrecer al teatro obras dramáticas sobre el mismo asunto.

De todas ellas solo la obra en verso de Corneille que introdujo modificaciones importantes en la de Moliere «dulcificando ciertas impresiones que habían herido á los escrupulosos» alcanzó en Francia un éxito prodigioso, en tanto que en España se olvidó á Tirso representándose solo una imitación de su obra hecha por D. Antonio de Zamora.

Goldoni escribió un D. Juan que llamó *Il disoluto*; pero en su obra, modificada esencialmente, aunque aparece la tumba de un comendador falta la estatua que anda y habla.

El *D. Giovanni y Zampa* con su estatua de mármol, son nuevas manifestaciones del interés con que fue acogida la idea del personaje dibujado por D. Juan de la Cueva y presentado por Tirso; y por tantas y tan distintas inteligencias aceptado y modificado, por fortuna por unos, sin ella por el mayor número.

El venerable autor de «Memorias del tiempo viejo», el coronado poeta á quien se considera y aplaude por muchos como creador del tipo que da nombre á su popular obra, nos dice que «no sabe como la escribió fiándola toda al acaso, á la inspiración del momento.»

Declara que al hacer su drama solo tuvo presente la obra de Tirso de Molina; pero hay quien opina, el ilustre literato don Adolfo de Castro es uno, que le sirvió también de guía el argumento del drama de D. Juan de Marama, que tradujo al español el poeta tan justamente celebrado y aplaudido, el insigne D. Antonio García Gutiérrez.

El D. Juan Tenorio de Zorrilla alcanzará vida larguísima

El entusiasmo popular se hallará siempre dispuesto para aplaudir aquellas escenas en que el genio dramático del cantor de Granada ha sabido por modo prodigioso, imprimir un sello de razón, con algo que atrae y subyuga, para todas las acciones, por reprobadas que resulten, en que figura su aplaudido héroe.

Variaciones.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

AMOR.

Charada

¿Donde va todo tan prima tercera?
A buscar si es pronombre la primera.
Y yo le digo:

segunda la gramática
que allí está escrito.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

DESVENTURAS DE TABLETAS.

¡Oh, carta adorada,
me hiciste feliz
y te besaré
mil veces y mil.

(De nuestro teatro clásico.)

Mil y mil veces, y me quedo corto, besó Manolito Tabletás, vizconde de «idem» (digo de idem por no repetir Tabletás), el billeteito.

con mil donaires cerrado
y con mil ansias abierto,

que muy de mañana recibió, y en el cual su adorada Isabel le enteraba de «cómo» aquella noche misma podrían verse en los «Jardines del Buen Retiro.» De memoria aprendió Tabletás el contenido de aquella carta, que era como sigue:

«Manolito» esta noche iremos «papailló» á los «jardines» estatuto «ay!» Quizás que «bajamos» con un primo mio que tengo en «horiguéla» y «qe» esta aquí «ahora» porque á ve ni do la mi si on de Padres franciscos de allá pero puede ser que no «bengas!» Coje «silla» «pa» que «podrámos» estar jun tos «los.» Te «ciere mucho» tu—«Isabilla.»

«Manolito» lo del mundo no habría dejado Manolito de seguir al pie de la letra las instrucciones de su «isabilla»; así que, desde muy temprano, se dirigió al «pulmón de Madrid»—como suelen llamar los que entienden de esas cosas á los Jardines—llevando en el bolsillo, para lo que pudiese ocurrir, tres pesetas; porque el hombre nunca va bien sin dinero; y cuando menos se piensa sobreviene compromiso de honra, y es necesario que uno quede como quien es.

Más habría llevado si más hubiese tenido; pero, aunque buscó mucho por todos los rincones, sólo consiguió hallar tres pesetas: prueba indudable de que no tenía más en aquel momento histórico.

El vizcondado del pobre Manolito producía poco, es decir, no producía nada; y la pensión que su familia le «pasaba» á fin de que se sostuviese en Madrid era tan exigua, que en muy pocas ocasiones se había encontrado tan opulento.

El abrigo al brazo, ladeado el sombrero, la cabeza erguida—con el auxilio de una especie de alzacuello almidonado, que bien mediría sus cuarenta centímetros—daban á Manolito aires de conquistador cuando se aproximó al despacho de billetes y pagó su entrada.

Como que quedaron mercados en una tercera parte sus capitales.

Penetró en los jardines como quien entra en su propia casa, y se dirigió resueltamente al paseo central, con el propósito de elegir un buen sitio y escoger buenas sillas.

Lo primero era fácil, porque en el paseo no había nadie aun, y pudo colocarse donde le pareció conveniente; lo segundo no fué tan hacedero, porque todas las sillas le parecían malas, perniquebradas y poco seguras; pero después de mucho basar y de registrar á conciencia casi todas las sillas del jardín, dió por resuelto el problema: había conseguido reunir media docena de sillas utilizables... con ciertas precauciones.

Tomó asiento en una, colocó en otra su sombrero, colgó su abrigo en el respaldo de la tercera, puso atravesado qu... en la cuarta, y para que la quinta y la sexta le

servieran las colocó á derecha y á izquierda, á fin de recostarse ora de un lado, ora de otro.

Una vez instalado así, creyó que podría esperar cómodamente á «Isabilla» y comenzó á fumar satisfecho de su trabajo.

Pocos segundos había pasado en la agradable ocupación de lanzar al aire bocanadas de azulado humo, cuando se le acercó un dependiente de la Empresa, encargado de la recaudación, y le dijo, quitándose antes respetuosamente la galoneada gorra:

—Señorito, ¿piensa usted ocupar todas estas sillas?

—Hombre, no: sólo me propongo ocupar una.

—Está bien; esa es la silla personal, y puede usted ocuparla todo el tiempo que le convenga; pero entonces voy á colocar estas otras en sus sitios.

—Es que yo las necesito aquí, para unos amigos que vendrán luego.

—Ellos las tomarán cuando vengan.

—No; si es que yo quiero tenerlas reservadas.

—¡Ah, bien, señorito! Eso es otra cosa; puede usted reservar todas las que desee; pero en este caso, tengo que cobrarlas.

—¡Cobrarlas!

—Sí, señorito; un real por cada una nada más.

—Yo no sabía: como otros años...

—Sí, esto es nuevo; se ha hecho para evitar abusos; porque, mire usted, señorito, muchos venían y ocupaban varias sillas, y otros se quedaban sin ellas; y por eso y por mor del abuso, y para evitarlos... se cobran ahora.

—¡Caracoles!—Pero eso no es evitar el abuso sino cobrarlo.

—Crea usted, señorito, que cobrando se evitan...

Comprendió el vizconde que no debía seguir discutiendo; se desprendió de la silla en que apoyaba el brazo, y entregó por el niquiler de las cuatro restantes la segunda de sus tres pesetas.

El cobrador le dió, en cambio cuatro recibos y se alejó saludando tan cortésmente como lo había hecho al acercarse.

Entre tanto, la concurrencia iba aumentando, y comenzaban á escasear las sillas, y á todo esto Isabel no parecía, y la impaciencia y el temor se apoderaban del vizconde; impaciencia por la tardanza, temor de que le quitaran las sillas, bien que él estaba decidido á defenderlas. Lo que Manolito temía sucedió; dos señoras muy hermosas, demasiado hermosas, y muy elegantes, pasaron dos ó tres veces cerca de él, manifestando en su modo de andar que se hallaban cansadas, y lanzando á las sillas, en que tenía Manolito su abrigo y su bastón, miradas coléricas por las que se ocelló, menos tímida ó más cansada, se acercó respetuosamente á Tabletás, y tomando las dos sillas, dijo sonriéndose:

—Vamos, chica este señor ya nos hará el favor de dejarnos que nos sentemos; tiene cara de ser buena persona.

El infeliz Manolito, sin saber lo que hacía ni lo que le pasaba, se apresuró á coger su bastón y su abrigo, y dejó que aquellas señoras—que al llegar no le parecieron costales de pan—se sentaran próximas á él. Acomodadas estaban todavía y arreglando de la mejor manera posible sus respectivos «patanes», cuando un manco, fornido, que ostentaba en su rostro áspere patilla y en su mano derecha bastón con nudos, cogió, sin decir una palabra, una de las sillas de Manolito.

—Caballero,—se aventuró á decir el viz-